

Mexicano al descubierto

Mexican uncovered

Yael Alexei Paredes Boleaga¹
alexeparedes48@aragon.unam.mx.

Resumen

En la siguiente reflexión encontrarás la percepción de la identidad del mexicano actual, tomando en cuenta sus tradiciones, costumbres y pasiones, desarrolladas a lo largo y ancho de su historia. Tratando de encontrar un sentido a la esencia de su cultura, que ha sido una fuente de estudio importante en la filosofía Latinoamérica, por esa razón, en el presente trabajo verás los diferentes parámetros culturales a los que se enfrenta en su cotidianidad, teniendo una visión crítica a las actividades que realiza en la esfera social que lo acompaña día tras día.

Palabras clave: Mexicano, identidad, espíritu, patriotismo, esencia.

Abstract

In the following reflection, you will find the perception of the identity of the current Mexican, taking into account their traditions, customs and passions, developed throughout their history. Trying to find a meaning to the essence of its culture, which has been an important source of study in Latin American philosophy, for that reason, in this work you will see the different cultural parameters that it faces in its daily life, having a vision criticism, to the activities he carries out in the social sphere that accompanies him day after day.

Keywords: *Biomimetics, Industrial Design, products, interaction.*

¹Lic. en Derecho y Sociología, títulos otorgado por la Escuela Jurídica y Forense del Sureste y de la Universidad Nacional Autónoma de México, respectivamente. Profesor de tiempo fijo del Colegio de Bachilleres Plantel 01 "El rosario". Los temas de especialización del autor son: la filosofía política y simbólica, la historia media y antigua junto con los estudios culturales de Latinoamérica.

Introducción

En una clase surgida en el mes de septiembre del 2023, mi profesor de la asignatura de Sociedad y Cultura, nos cuestionó sobre el significado de la palabra “mexicano”. A decir verdad, no me había puesto a pensar en la complejidad de dicho cuestionamiento porque no me generaba un cierto interés en saber su importancia a esta concepción, quizás se deba a que este tema no me cautivaba del todo para realizar una investigación sobre su significado y representación, pero al escuchar las opiniones de mi profesor, he de admitir que me llamó más la atención, debido a que esas palabras no solo resaltaban un elemento patriótico de identidad, sino también, empapaban con sus chispas estéticas mi interés por el valor significativo y conductual de lo que simboliza ser mexicano.

Por esta razón nace esta reflexión, que sirve para explorar al mexicano posterior del nuevo milenio; a manera que se analiza tanto los efectos negativos

que tuvo en el pasado para comprender su presente, y de la misma forma se medita su sentido con el mundo moderno, que comparte con los otros, y así dar paso a la comprensión de su sumisión ante la imagen europea y norteamericana. Luego de ello, se percibe la consagración y avance de la figura del culto a la identidad suprema del mexicano, donde, detesta el color de su piel, pero al mismo tiempo le rinde un tributo a su raza; de esta forma canaliza su sexualidad y familia a la unión y pachanga, construyendo el chiste vulgar y el desmadre en un mismo espacio.

Después de haber indagado sobre el misterio del mexicano, a través de las figuras anteriormente referidas, nos percatamos que deja a un lado al ser femenino, y solo se concentra en la masculinidad que remite a la naturaleza de la esencia misma de ser mexicano; el rol femenino ilustra la crudeza y el amor; al nacer una mujer en México nace toda una institución llamada familia. Por último, cavilaremos sobre la relación que guarda el mexicano con la posmodernidad, destacando el

carácter trágico-cómico de su naturaleza, que ha tomado los signos de la imitación y de la mofa de la simbología que está construyendo bajo este contexto.

El mexicano y su sumisión

Últimamente se ha cruzado en nuestros pensamientos el significado de la palabra “mexicano”, esta alusión se ha mantenido muy persistente en nuestra cabeza, porque ser mexicano no solo es un sentido propio de su vida, sino también es el acercamiento más humano y filosófico a la cultura universal. Los habitantes de México no le temen al destino ni muchos menos a la desdicha, es por ello que este ser se acerca a un espacio de dualidad, donde consagra el temor por su tragedia, pero al mismo tiempo se mantiene de forma burlesca a esa misma desventura, de esta manera el mexicano es el ser coyuntural entre lo moral e inmoral. En palabras de Samuel Ramos (1977), se adjudica al mexicano un símbolo propio de su tragedia como de su folclor; este se mantiene inerte en su presente e ignora consigo el tiempo de su futuro, viendo al día por sus seres queridos:

Cada hombre, en México, solo se interesa por los fines inmediatos. Trabaja para hoy y mañana, pero nunca para después. El porvenir es una preocupación que ha abolido su conciencia. Nadie es capaz de aventurarse en empresas que solo ofrecen resultados lejanos. Por lo tanto, ha suprimido de la vida una de sus dimensiones más importantes: el futuro (p. 59).

En este sentido podemos percatarnos que el mexicano únicamente se dedica a sus actividades cotidianas, es decir, trabaja, estudia, se reproduce, festeja y muere para ser olvidado, y solo ser recordado significativamente unos días al año. Se puede reconocer al mexicano en un espacio de dualidad, en donde palpita el sometimiento del ego del otro, y se inclina ante el poder, reafirmando su carácter de “gutierritos” o “agachón”. Ramos (1977) enfatiza en su análisis

la vida de este personaje, debido a que aprecia tanto la tradición como la costumbre, pero al final se ilumina más su individualidad por pensar en el éxito que por tratar de lograrlo. Este tipo de problemas son visibles cuando el mexicano sale de su patria y se ve en la necesidad de trabajar en otra nación, denotando un apego simbólico a toda la construcción de su identidad.

La identidad se percibe especialmente por la dominación simbólica de la otredad, la cual le sirve como mecanismo de defensa de lo desconocido y así lo arremete a la sublimación de su lenguaje, cuyo resultado es una construcción difusa de su narración. Gomezjara y Selene De Dios (1973) aluden a la sociología cinematográfica, donde la identidad patriótica del país moldea principalmente la personalidad del individuo; concentrándose en la imagen como una expresión más de su cultura, que le ayuda a defenderse de lo desconocido y lo convierte en un lenguaje que termina desarrollándose en un mito, a lo que los autores refieren como paradoja, y se explica de la siguiente manera : “De ahí se continúan multitud de paradojas: hacinamiento frente a la soledad espiritual; enriquecimiento tecnológico frente a empobrecimiento de los valores humanos” (p. 12).

Con el anterior argumento podemos ser testigos que el mexicano expresa a través de sus manifestaciones culturales, su inquietud para dar respuesta a su identidad, continua en la misma ruta disciplinar de sus representaciones. Es decir, este puede crear con sus manos una obra de arte que revolucione toda una expresión, no obstante, siempre busca la aprobación del otro para poder sentirse bien. Esto mismo sucede en el trabajo; regularmente el mexicano se la pasa trabajando para ostentar un mejor estilo de vida, pero la mayor parte de su tiempo busca con recelo la aprobación de sus familiares o del algún otro sujeto que forme parte de una figura de autoridad. Este tipo de demagogias dan origen a la personalidad del mexicano, que construye su cultura basado en la sumisión del otro.

El padre y la madre, toman un sentido importante en este apartado, ambas figuras se convierten en los vértices de inspiración, pero también se muestran como los contendientes a superar. Ciertamente, en México como en gran parte del mundo occidental, se sigue manteniendo la figura del padre como el personaje encargado de reprochar al hijo la conformación de su carácter, proyectando la autoridad; mientras que la madre enseña la bondad y humanidad, mediante el aprecio y el amor que esta tiene sobre su obra (Locke, 2018).

En lo anterior radica el sentido de su identidad, se basa más en la representación del rechazo, dejando de un lado su reconocimiento, en este sentido se hace alusión a la figura materna, que representa la sensibilidad, las emociones que serán eclipsadas por el padre padrone (el poder paterno); dichas dimensiones se presentan para tomar cualquier decisión importante de su vida, haciéndose notar que el mexicano vive en un constante apego a las figuras paternas, debido a que ellas dotan de un propósito al espíritu de su cultura.

Fromm (2012) describe a la madre como la iniciadora de este ritual, donde exige que se reconozca la figura del padre como autoridad, y a ella la muestra como el yacimiento del amor y dirección de la vida. Ambas figuras son representativas en el ser humano, debido a que si no posee una de ellas, se genera el trauma y el rencor a la misma, causando en este sentido la tragedia y desgracia, aludiendo a la madre y al padre como los generadores de su educación sentimental. No obstante, para el autor anteriormente citado es más importante la figura materna, debido a que ella “ama a sus hijos, porque son sus hijos, y no porque sean buenos, obedientes o cumplan sus deseos y órdenes, el amor materno se basa en igualdad” (p. 87).

Para el mexicano la madre representa todo lo puro y emocional, porque sin ella no tendría

un sentido de pertenencia tradicional y sensato, además la madre a pesar de las situaciones bochornosas que pueda dar su hijo, esta siempre dará la aprobación y el visto bueno de su acción, sin importar, lo moral e inmoral que esto signifique. Este argumento se relaciona con lo anterior, porque a la madre no le importa lo que haga su hijo, debido a que lo ama por el simple hecho de ser su hijo. La imagen femenina en la sociedad mexicana, está muy marcada, porque la expresión de ella es una silueta sagrada de lo natural, mientras que el hombre representa lo tradicional y cotidiano. Los padres regularmente enseñan al hijo el papel de dominante, mientras que a la hija le inculcan ser la dominada por la figura falocéntrica, quedando anulada su sexualidad y su ser, pero aceptando al mismo tiempo el papel que desempeña ante la figura masculina.

Retomando a Ramos (1977) podemos decir que la figura “del pelado” se relaciona con este punto, debido a que el papel que cumple la mujer a ser dominada por el hombre, determina y afirma la dualidad de su alterno, evocando su sumisión ontológica.

Actualmente, el ser femenino tiene más libertades que en el pasado, sin embargo, aún persiste la imagen tradicional, esto lo podemos observar cuando una mujer empoderada arremete simbólicamente contra las personas de su mismo sexo, generando un clima de dominación masculinizado que reproduce los caracteres culturales tradicionalmente aceptados. Es decir, hoy en día tanto el hombre como la mujer le temen a alguien diferente de su rol social, haciéndose notar por la ofensa a su sexualidad. Por ejemplo, cuando una alumna genera un vínculo de amistad con un profesor, inmediatamente tanto compañeros como compañeras del salón de clases, adjudican a esa estudiante como “lambiscona” para tener un buen mérito en la asignatura, sin considerar, el motivo por el que se originó dicho acercamiento.

Otro elemento de la identidad del mexicano es la rivalidad que se suscita al interior de la familia, entre los hermanos. Existiendo una inclinación de la figura paterna hacia los hijos (hombres), para llevar a cabo una competencia en la dimensión económica, en donde el triunfador será exhibido como el continuador del legado familiar. Bourdieu (2009) analiza esta situación en el corazón europeo, se menciona que los hermanos y las hermanas entran en una competencia significativa para demostrar quién es el mejor de la familia, orientándose principalmente al mundo materialista y su significación vinculada con el consumo:

En resumen, el modo de sucesión específica, en función del sexo y del orden del nacimiento, las posibilidades matrimoniales que están genéricamente a los descendientes de una misma familia en función de su posición social, marcada principalmente, si no exclusivamente, por el valor económico de su patrimonio (p. 236).

El reconocimiento de los hijos nace principalmente con este argumento anteriormente refutado. El hermano mayor, de alguna u otra manera trata de ser el más sobresaliente, debido a que su posición genética lo convierten en el amo y dueño su destino, por esa razón, tanto el padre como la madre tratarán de darle a ese hijo todo lo que está en sus manos para alcanzar el futuro que este desea. Es por esa razón, que el mexicano celebra cada evento importante que haga el hermano mayor, ya sea desde las graduaciones escolares hasta los intereses amorosos que tenga el mismo. El hermano menor e incluso la hermana, se moldean en la sombra del hermano mayor, porque se convierte en la fuente de inspiración principal a superar, por ende, sienten un gran aprecio a su figura, pero también se mantiene un espacio de pique por lo que este representa.

Este tipo de problemas también son visibles en familias donde la mayoría de sus integrantes son mujeres, es decir, la hermana mayor tomará

la visión falocentrista de ser el ejemplo a seguir de las demás, mientras que las demás hermanas la confrontan para poder superar lo que ella simboliza. Bourdieu (2009) alude principalmente a estas prácticas como ejes necesarios de la violenta dominación educativa que impera en la familia, de alguna u otra manera los padres ponen a competir a sus hijos en quién es el mejor, con la finalidad de generar significativamente el bien de ellos, naciendo así la típica frase: “Cuando seas grande debes ser como tu papá”; porque al referir esta aspiración en el infante lo impulsa al reto de superar al padre, hermano, tío, madre o algún otro familiar que sea relevante para la familia; negando la identidad del infante a lo que pudiese él llegar a ser.

Samuel Ramos (1977) habla también de este problema, sin embargo, él lo ve desde la perspectiva institucional de la educación, que se preocupa más por generar pensamientos técnicos que críticos, de forma que se niega la propia alma del estudiante:

La educación debe concebirse, al contrario, como un esfuerzo de la vida misma que se defiende contra una civilización, la cual aparentemente prepara muy bien a los hombres para vivir, convirtiéndolos en autómatas perfectos, pero sin voluntad, ni inteligencia, ni sentimiento; es decir, sin alma (p. 89).

El reto, en el mexicano se convierte en un rol de aspiración a ser el mejor de su familia como de su comunidad, de forma que se reconoce diciendo: “Soy la mera verga”, porque la imagen falocéntrica del europeo se mantiene intacta, por ende, hacemos todo un culto a lo que representa el alma de ese pensamiento con la tropicalización latinoamericana. La “mera verga” es quién ha superado todos los retos de sus familiares y ahora estos lo reconocen como una figura de prestigio e importancia en su comunidad, por esa razón este personaje deja de lado el honor al culto y ahora se le rinde tributo a su persona, por ese motivo, es momento de analizar el culto del mexicano.

El culto

Octavio Paz (1959) refiere al mexicano en un personaje constante a la admiración y culto por su tradición como también a sus costumbres; en cierta manera, estos aprecian todo lo que tenga que ver con su patria, debido a que no pueden estar alejados de ella y de lo que representa. El culto, se hace presente por la naturaleza del mexicano, que el orgullo de su nación lo nutre para crear su gratitud al destino por haber nacido en esta tierra, sintiéndose honrado por sus fiestas como por su comida. Es por ello, que el culto es dividido en tres secciones, las cuales son: la familia, la sexualidad y por último la muerte, cada elemento que constituye este panorama moldea eficazmente la identidad del mexicano, debido a que cada parte del mismo describe su personalidad como los diferentes vicios que posee.

En el segmento anterior discutimos el culto a la familia, sin embargo, algo que no fue destacado en ese apartado, fue la unión que aguardaba con la raza y la sexualidad. Primeramente, la raza en el mexicano es utilizada como un símbolo de prestigio o de carencia, es decir, el mexicano desea ocultar su tono de piel oscura, porque ese tono lo centraliza un poco más en la maldad, mientras que lo claro lo escala a la bondad. El culto de la raza parte especialmente de un sentimiento religioso, en el que el diablo se encuentra vinculado con la oscuridad, mientras que Dios es promulgado por lo blanco. San Agustín de Hipona (2021) refiere este pensamiento en la filosofía teológica, la oscuridad se reluce especialmente por la piel del creyente, quién está más cerca de ella, guarda una relación más estrecha con el demonio, mientras que lo claro nos acerca un poco más a la gracia de Dios. Para el mexicano, al igual que todas las comunidades europeas, rendimos culto a la raza, porque esta otorga las grandes riquezas, y asimismo nos confiere en un espacio más profundo con Dios.

En esta reflexión que nos entrega San Agustín, plantea al humano por el valor de la riqueza,

mediante el tono de piel, que en cierta manera adjudica la gracia de Dios a los blancos y puros de corazón, mente y piel, mientras que la oscuridad permuta la tranquilidad de Dios y lo dirige al infierno. El mexicano, en este sentido se une con este análisis, porque curiosamente niega el color de su piel, dado a que esta refleja su inseguridad y relación que guarda con el mal, por esa razón, en fotografías e incluso videos, trata de blanquear su tono de piel, debido a que la oscuridad ocasiona su gran vergüenza y la claridad alude a su más grande orgullo. Efraín Huerta (1956), ejemplifica con una de sus estrofas de su poema Avenida Juárez la idea que estamos desarrollando:

Uno debe ignorar la mirada de compasión,
caminar por esa selva con el paso del hombre
dueño apenas del cielo con un temor de siglos,
triste bajo la ráfaga azul de los ojos ajenos,
enano ante las tribus espigadas,
vencido por el pavor del día y la miseria de la
noche, la hipocresía de todas las almas y, si acaso,
salvado por el ángel perverso del poema y sus alas.

En las escuelas secundarias o primarias, es muy común ver cómo molestan a un niño o niña por su tez morena, esto hace que el individuo recuerde ese vínculo que guarda con el mal, por esa razón escuchar a un niño decir: “¡Negro!”, hace referencia al reencuentro con el diablo y la negación que este tendrá al reino de los cielos.

El mexicano le tiene un pavor enorme a tener la piel morena, porque esto lo convierte en un ser marginado socialmente por casi toda su vida, por ende, cuando una nueva vida llega a nuestro mundo se suele decir: “Espero que mejores la raza y no la empeores”, esto hace una grata referencia a la negación simbólica que tenemos a nuestro pasado, como al encuentro que hay con nuestro futuro. Octavio Paz (1959) habla en este sentido, debido a que esto nos ocasiono el dolor con el que se construyó la esencia del mexicano, es por ello, que hablar de la raza es recordar el gran



resentimiento que existe al ser ciudadano de este país, que en palabras del propio autor lo referencia de la siguiente manera:

La historia tiene la realidad atroz de una pesadilla; la grandeza del hombre consiste en hacer obras hermosas y durables con la sustancia real de esa pesadilla. O dicho de otro modo: transfigurar la pesadilla en visión, liberamos, así sea por un instante, de la realidad disforme por medio de la creación (p. 94).

El culto a la raza se ostenta principalmente por el rencor al pasado como a la realidad que emana de él, quizás en este sentido se pudiese retomar los argumentos del historiador Toynbee (1988) que reflexiona a las similitudes que existen entre las comunidades precolombinas con los mexicanos del siglo XX, que ve a estos en la pobreza y miseria por culpa del doloroso recuerdo, fermenta nuestra mente de odio y no deja al mexicano progresar en la continuidad de su historia. En cierta manera, el mexicano busca expresarse de ese rencor, mediante la burla de su piel, en forma que dice: “¡Soy negro y me siento orgulloso de serlo!”, produciendo una ligera aceptación, pero negando lo que representa su humanidad, de manera que hace menos a las mismas personas con su tono de piel o incluso cambiando su tez de piel en redes sociales.

Este culto es el que sigue significativamente a la familia, debido a que estos mismos son los primeros que promulgan el deseo por tener una comunidad allegada a la claridad y no a la oscuridad, por esa razón, si el tono de piel es oscuro, será catalogado como horrible, pero si en él se muestra la blancura, inmediatamente se consagrará como algo bello y puro; de ahí se deriva la simbología del vestido blanco en el casamiento.

Otro punto que moldea la identidad que prevalece en el mexicano es: la sexualidad. En varias ocasiones, es usada en forma de burla, motivo por el que usa el chiste vulgar para contar

una historia de obscenidad y crudeza al momento de su soledad, que mantiene un contacto con su amor y odio a su contraparte que es: La mujer. En el siglo XX, Octavio Paz (1959) describe a un mexicano guiado por el temor de ser mujer, sin embargo, la conclusión que llega el autor, no sería pertinente en el mundo del siglo XXI porque el mexicano hombre, aún mantiene una contienda muy fuerte con la mujer, no obstante, la exploración de su sexualidad, no únicamente se conserva con ella, sino también se abre a nuevas perspectivas de género, como son los homosexuales, bisexuales, pansexuales, transgénero y demás, que dotan al mexicano de un sentimiento conservador y liberal al mismo tiempo.

El tema de la sexualidad se utiliza en forma de tabú, porque la gran mayoría de las ofensas (o en términos más conocidos: groserías) se vinculan con el sexo, y se determina por el aparato reproductor masculino como femenino. Hoy en día, el mexicano utiliza la palabra “verga” que alude al miembro varonil de la reproducción biológica, aunque ese no es su significado auténtico, porque la palabra proviene de la morfología castellana de “bergantín”, que alude a la punta más alta de un barco. Sin embargo, la “verga” en el mexicano simboliza bastantes cosas, ya que muestra orgullo y prepotencia, como se destacó en el apartado anterior, sin en cambio, también puede aludirse a enfado o desagrado, por esa razón, el lenguaje se vuelve un arte que pertenece a la contracultura del mexicano denominado “albur”.

Monsiváis (2021) dictamina el arte de las malas palabras a la esencia pura del mexicano quien, al hablar de forma cruda y grotesca, ocasiona un homenaje existencial a su identidad, pero también a su desmadre. Ese es otro elemento que se tiene presente en la comunidad mexicana, porque se vuelve parte de una necesidad de unificar y encontrarse con tus pares. No es lo mismo el desmadre del europeo que el del mexicano,

porque el europeo en la gran parte de su vida se consume del encierro y la frialdad a su alma, sin embargo, el latino como el mexicano, la gran parte de su existencia se la vive en el desmadre, es decir, lo único en lo que piensa un mexicano es unirse con sus pares y festejar lo maravillosa que es la vida, sin importar la condición social a la que pertenezca:

El desmadre (un caos inconcebible en el universo agrario) es el bono que las instituciones otorgan a los recién avocados en la capital, y de la noche a la mañana, y de la mañana a la noche, se producen los canjes: aquí estaba el peón de hacienda porfirista, aquí saluda el banquero; aquí dormitaba la retórica de las hazañas patrias, aquí se extienden el habla cantinflésca y el humor semisecreto del cinismo; aquí decía haiga el revolucionario, aquí ensaya su delicioso extranjerismo el aristócrata recién fabricado (p. 26).

El mexicano logra encontrarse consigo mismo al momento que desata el desmadre que lo lleva al lenguaje masculinizado y de esta manera le rinde un tributo a una parte de la sexualidad, que considera como referente de grandeza, y por consiguiente, la otra parte como un elemento de denigración, por esa razón, el culto a la sexualidad no solo está en la familia, sino se encuentra con los amigos, con los compañeros de trabajo e incluso en las relaciones jerárquicas laborales o escolares, denotando en este sentido: el albur. Con el anterior argumento podemos entender que el albur o el chiste sexual es parte de la identidad nacional del país, se utiliza para destruir la moral, pero también para cimentar la imagen disciplinar falocentrista europea, donde, la mujer es expulsada del pensamiento racional y se usa como un mero objeto de su representación. Monsiváis (2021) reconoce de la misma manera al pecado como un espacio propio del desmadre del mexicano, que lo acerca con su errante humanidad, pero lo expulsa del jardín divino de Dios, por lo que cabría preguntarse: “¿Cómo se reconoce el pecado? Por el estremecimiento moral, un reflejo condicionado de todos los tiempos” (p. 28).

El albur es la fuente principal del desmadre en México, porque la entonación de lo vulgar y chusco da paso al inevitable culto que le tenemos a la sexualidad, pero al acercarnos con el pecado, nos envía directamente a los ecos resonantes de la fatídica muerte. Octavio Paz (1959) habla de un pueblo evangélico y conservador, donde la figura de la muerte se genera a partir del festejo por la vida, pero también su gran devoción. El mexicano celebra quince años, bodas, bautizos, divorcios, cumpleaños y cualquier otro festejo que aluda a su gratitud y devoción por estar vivo un día más y así burlar cada día a la figura de la muerte. En este sentido, la pachanga no delimita la devoción de la vida ni de la muerte, ni mucho menos juzga al codicioso, envidioso o hipócrita, debido a que en la fiesta se olvidan todos esos rencores y únicamente se centra en burlar a la muerte un día más. El pecado, también se encuentra aquí, porque deja de lado su ámbito teológico y se convierte en un motivo más de su festejo, es por ello, que el mexicano se emborracha en el nombre del pecado, ya sea para transmitir orgullo o para consolidar su tristeza al trágico sentimiento de su realidad.

Bergson (2018) refiere la emoción y el sentimiento a un espacio propio de la metafísica, por esa causa, la muerte en el mexicano no es el fin de su existencia, sino es la prevalencia de su espíritu en la voz de su descendencia, que logran construir una figura mítica sobre el cimiento genético de su presencia, por ende, se celebra el día de los muertos, que funge como un espacio ontológico de recuento con el ayer, para concentrarse en el espíritu que se aguarda en el recuerdo:

La duración interior es la vida continua de una memoria que prolonga el pasado en el presente, sea que el presente contenga distintamente la imagen siempre creciente del pasado, sea, más bien, que por su cambio continuo de calidad, atestigüe la carga cada vez más pesada que uno arrastra tras sí a medida que envejece (p. 21)

Voces y Saberes, Año 4 núm. 11 julio-octubre 2024

albur.

albur.



La vida para el mexicano es inhóspita, porque su deseo constante de burlar a la muerte termina con el final de su vida, con grandes esperanzas de que aparezca y este se marche con ella al descanso eterno. Sin embargo, para la familia mexicana el anhelo y el recuerdo prevalecerán por un cierto tiempo determinado, ya sea por cien años más o incluso doscientos, debido a que la esencia y las aventuras de esa persona se mantendrá intacta de sus familiares más allegados a su espíritu. El mexicano, mantiene viva su identidad después de la muerte, porque su desmadre como actuar prevalecen en el recuerdo de su descendencia, a manera que se construye un mito sobre la significación de su identidad, y cuyo apartado será analizado a continuación.

El mito del mexicano

Los mitos como las leyendas siempre han prevalecido en la historia urbana de México, debido a que su exposición como su divulgación narran un sentimiento de apego a nuestros ancestros; como también a nuestros Dioses. El mito del mexicano prevalece principalmente en la familia, porque su narración como su estética se aguarda en el valor del entendimiento moral a su resolución lingüística. Octavio Paz (1972) denota a la mitología como parte de la revolución lingüística del mexicano, por ende, la palabra fue el primer acercamiento con nuestra identidad nacional, que se consagra en nuestro temor al pasado y en la desconfianza al futuro. El mexicano, es un ser que al mantenerse en dualidad trata de encontrar una explicación a todo lo que le sucede en su día a día, desde la parte fantástica hasta la racional, por consiguiente, es común escuchar entre ellos mismos: “Te hicieron brujería”, “Mi signo zodiacal dice que hoy encontraré a mi verdadero amor” o algún otro elemento que exprese irracionalidad en su forjamiento.

Este acto de transmisión se genera desde una reproducción orientada en la palabra de la casa, donde el infante al escuchar a su mamá o al papá

hablar de términos como la brujería, los fantasmas, el diablo o algún otro elemento insensato, este niño se guiará por estos aprendizajes a lo largo y ancho de su existencia; de manera que se utiliza el mito como un acto educativo en el mexicano. Para Bourdieu y Claude Passeron (2019) el proceso de educación activo se mide principalmente por la violencia que se ejecuta al momento de recibir una nueva enseñanza, en forma que demuestra el poder de dominación, sobre el infante, para que así “toda AP-acción pedagogía- en vigor dispone automáticamente de AuP-autoridad pedagógica-” (p. 60). Es decir, al infante mexicano se le enseña a tener miedo a lo irracional, que da paso a la postura de su subjetividad, que en las palabras de los padres se vuelve en una objetividad concreta.

La propagación del mito se desempeña desde el comienzo de la vida del mexicano, ya sea a manera de canto con las canciones de cuna o con las narraciones irracionales que se propagan en la infancia, por ejemplo: “Mi escuela fue un panteón” o “En esa casa espantan”, debido a que cada vertiente de este espacio genera un simbolismo más de su identidad, creando así la ilusión de su lengua como de su filosofía. Con este anterior argumento, podemos determinar que “el lenguaje es una condición de la existencia del hombre y no un objeto, un organismo o un sistema convencional de signos que podemos aceptar o desechar” (Paz, 1972, p. 31).

Los mitos como las leyendas en México crean la gran postura de debilidad del mexicano, y esa es, su miedo irracional al desapego de su familia, costumbres y raíces, que generan el poco interés por apañar el éxito. El mexicano, como se menciona en unas líneas anteriores, tiene un significativo apego a la imagen de la mujer, que en este caso es la madre, por ende, la mayoría de sus pavores que genera se vinculan a la pérdida de la madre, porque la mujer al representar nuestra humanidad termina convirtiéndose en el ser más sagrado de la existencia debido a que ella ilustra nuestra esencia y espíritu

ante el mundo que nos rodea.

Perder a esta figura deja una marca en la historia de nuestra vida, motivo por el cual, se buscan los patrones de la madre en otra persona; ya sea hombre o mujer, con el fin de establecer un vínculo fortuito que genere la paz que la madre difundía.

Santiago Ramírez (1977) ve la connotación de este miedo, desde el pavor que se le tiene al mar, en este sentido, el océano al ser finitamente grande y abismal, se visualiza con bastante temor lo que hay dentro de él para poder explorarlo, por esa razón, el mexicano es ese personaje que le teme al mar, debido a que, si se adentra en él, perderá cualquier vínculo cercano con la tierra (Familia), pero si no lo hace se quedará quieto y verá cómo la marea solo le toca los pies, y nunca podrá sentir el latido del mar, porque se queda inerte en la arena. El mexicano es este personaje, solo ve la marea pasar y le teme a adentrarse a ella, porque si lo hace perderá todo vínculo significativo con su madre; es por eso, que:

...Dejaremos nuestro centralismo, nuestra introversión, nuestra desconfianza, nuestro soterrado de vivir, cuando la expansión, la alegría y el contacto con los otros sea eso: expansión y alegría. Cuando nuestra clase media no transcurra desconfiada entre el tímido silencio del indio y el arrogante silencio del criollo, el mexicano podrá ponerse de cara al mar... (p. 127).

El hijo como la madre mantienen este vínculo afectivo el uno con el otro, por esa razón, el mexicano podrá enojarse con el padre, el hermano, la hermana, el tío, el sobrino o algún otro miembro de su familia, pero jamás podrá pelearse o traicionar a su madre, debido a que eso lo convertirá en aquello que llamamos “mal hijo”. El mal hijo hace hincapié principalmente al individuo que se desvincula significativamente de su madre y pasa a engendrar un maleficio a la representación más sagrada de su esencia. Al igual que esta concepción, nos encontramos con “la mala madre”, que es aquella que no aprecia el significado lírico del sufrimiento del parto, por esa razón, desecha su naturaleza

para convertirse en una mujer que se revela ante la estructura social, de forma que el hijo pasa a convertirse en “el hijo de la chingada”.

Octavio Paz (1959) se refiere especialmente a esta mujer, porque su concepción mítica la transforma en la famosa “chingada”, quien al ser la dama que se revela ante la imagen falocéntrica del mexicano, termina su evolución en la madre sufrida, pero también en la madre trágica. La “chingada” es el espacio trágico del mexicano, porque desapega su interés por su naturaleza humana, y lo encamina al pensamiento salvaje de su sexualidad, en forma que se esconde de la identidad nacional. Por ende, “la chingada es la madre que ha sufrido, metafórica o realmente, la acción corrosiva e infamante implícita en el verbo que le da nombre” (p. 68).

En este sentido, la “chingada” es un mito trágico en el mexicano, porque el desapego con la madre ocasiona el rompimiento emocional y físico de su ser, y así pasa a convertirse en el “cabrón”, que al no conocer su naturaleza se somete a ser un inmoral al vínculo que representa; forma demonios y crea irracionalidades, porque la venda de sus ojos no le permite conocer el bien y el mal, por ello, la “chingada” es el final más trágico en el mexicano, aunque no hay que olvidar que lo acerca a su muerte, pero también a su cultura mítica.

La posmodernidad en México

Finalmente, hemos llegado al último punto de nuestro artículo, en donde, sería relevante pensar en la etapa más oscura del mexicano en la actualidad, y esa es la posmodernidad que ha afectado tanto su forma de ver el mundo, como también ha generado nuevos miedos y temores a su propia existencia. La conducta del mexicano con el pasar del siglo XX y la cuarta parte de este siglo XXI, ha experimentado cambios muy significativos en su personalidad, debido a que ahora, ya no se esperan con ansias las fiestas patronales que Octavio Paz explicaba, sino ahora se esperan los movimientos comerciales

de una manera ansiosa y terca. Samuel Ramos (1977) explica que el mexicano se concentra principalmente en un proceso de imitación con sus iguales, de esta manera se deja influenciar por la ideología del extranjero y no logra concretar su propio pensamiento a lo que esta tarea dispone.

El mexicano en la posmodernidad, al llenarse de prejuicios estéticos y axiológicos, no le es posible generar una identidad propia, es por ello, que termina en el ocaso de una locura, donde, su identidad no se aguarda en la soledad, tal como lo afirmaba Octavio Paz (1959), sino en la presencia del individualismo, hedonismo y narcisismo, ahora le permiten asumir su mundo, bajo la sombra de un pensamiento de frialdad (Europa) y no la chispa calurosa de su región (América); denotando así una dualidad más en su existencia (Béjar, 2007, pp. 73-79). El pensamiento de calor se declina más por la fiesta, por el baile, por la pasión, por el riesgo y también por el amor, mientras que la razón fría se guía por la precisión, puntualidad, trabajo, disciplina, orden y monotonía. El mexicano actualmente vive ambos espacios en su realidad, porque le sigue encantado la fiesta, pero esta celebración se encamina únicamente a emborracharse y deprimirse por su existencia, mientras que en el siglo XX se festejaba la devoción de estar vivo y ahora solo se elogia a Tánatos.

La fiesta se vuelve un elemento más de lo absurdo porque se utiliza para evadir la tristeza de nuestra sociedad, es por esa razón, que el mexicano siente placer por estar en depresión, ya que encuentra un motivo más para poder homenajear su fatídico sufrimiento. Este síntoma de individualidad afecta la identidad solida del mexicano porque está siendo dominado por los pensamientos fríos que por los calurosos; en la escuela, se enseñaba cómo la identidad debía encontrarse en la unión aparente de él con su madre, sin embargo, al no encontrarla esto se convierte en el desmadre. Ahora la alianza se halla en la competencia de egos

que termina con el rompimiento de la narrativa. Lipovetsky (2002) determina que esta sociedad posmoderna se rige por tres principios, los cuales son: la tecno-economía, la política y la cultura, que al juntarse logran dotar de un sentido importante el espíritu internacional de la dominación del pensamiento frío, que en este caso: “Obedecen a normas diferentes que justifican comportamientos diferentes e incluso opuestos”. (p. 84)

Los mitos en México han decaído, porque muy lentamente el mexicano empieza a ser educado por fenómenos fuera de este espacio, y se conecta a ellos mediante una pantalla que destroza toda razón crítica. La individualidad carcome a toda la metrópoli, en el caso del indígena al no integrarse a ella, termina siendo expulsado, debido a que no representa la razón política de la cultura dominante, al ser diferente emana la burla en las “no cosas” (Chul Han, 2021). El indígena termina convirtiéndose en el enemigo a destruir, mientras que el influencer se admira por todo aquello que representa, sin importar que eso destruya toda la moral de su identidad.

La posmodernidad en México ha hecho que la imitación sea la causante de nuestro apego a la ideología europea o norteamericana, porque al vernos saturados de debilidades, nos orgullece la lucha de egos. Béjar (2007) explicaría este fenómeno por la aparente geografía que nos tocó vivir, en cierta manera, el mexicano al ser de un pensamiento más emotivo se envuelve circunstancialmente a ser oprimido por el ser de un pensamiento más crudo, que es definido de la siguiente manera: “Estas funciones son, entre otras: la percepción, la memoria, la capacidad para el pensamiento simbólico, etcétera, y es claro que todas estas funciones son parte constitutiva del hombre en cualquier latitud geográfica”. (p. 77) Con el anterior argumento podemos entender que el mexicano imita el estilo de vida de la razón fría, donde la única importancia de su vida se ve en la depresión y monotonía de su vínculo con el otro,



mientras el extranjero le da paso a la explotación de su particularidad, evocando así la dominación simbólica europea, la cual trata de copiar hasta el cansancio.

El mexicano, aún mantiene un enojo contundente con su pasado y es por esa razón que lo oculta de la visión del extranjero, debido a que su papel de oprimido y menosprecio le genera un conflicto dual con su esencia. Aristóteles (2022) refería que la precepción del razonamiento, a pesar de la falsedad o verdad de ella, termina convirtiéndose en una realidad sin siquiera cuestionar su propósito en sí, por lo que “cuando el pensamiento pronuncia tal juicio afirmativo o negativo esta en lo verdadero” (p. 87), pasando a que todo prejuicio que se extraiga de el termina siendo parte de su identidad como nacional. Es decir, si al mexicano se le pinta ser gordo, machista, misógino y demás elementos negativos, terminara volviéndose parte de su identidad, porque su prejuicio es razón de burla y da pie a la individualidad y dominación del extranjero, sin importar si tal argumento sea auténtico o no.

Lipovetsky (2002) reafirma esta concepción a partir de la sociedad humorística de la posmodernidad; en cierta manera, se concentra en la dualidad jerárquica en la lucha de egos constantes por la dominación y superioridad del lado narcisista de su clase. Este enfrentamiento en el mexicano se percibe todos los días, mediante el humor absurdo y chusco de las redes sociales, donde hombres como mujeres terminan siendo un objeto de burla que reafirma el pensamiento unitario de la sociedad, es por ello, que se busca la expulsión de lo distinto ante la consolidación de un cambio significativo a lo que representa este mismo ser, dando paso a un humor dominante universal:

El humor dominante ya no se acomoda a la inteligencia de las cosas y del lenguaje, a esa superioridad intelectual, es necesario una comicidad discount y pop desprovista de cualquier supereminencia o distancia jerárquica. Banalización, desubstancialización, personalización, reencontramos todos esos

procesos en los nuevos seductores de los grandes mass media-, los personajes burlescos, heroicos o melodramáticos tuvieron su hora, ahora se impone el estilo abierto, desenvuelto y humorístico. (pp. 141-142)

El humor en la figura simbólica del mexicano termina convirtiéndose en un espacio más de encontrar su identidad universal, debido a que el humor sigue manteniendo la misma simetría que la de hace cien años atrás, porque aún se utiliza el chiste vulgar para identificarlo, e incluso en el extranjero se le reconoce por estos elementos, por lo cual el mexicano termina siendo un personaje humorístico ante la realidad que imita, a manera que la sociedad mexicana termina volviéndose en la “sociedad de la tragicomedia” (Ramírez, 2013), debido a que nuestra identificación de carencia y orgullo nos terminan convirtiendo en una parodia simbólica de nuestra esencia, en forma que da nacimiento a la antropología filosófica del mexicano en la posmodernidad.

Conclusión

Octavio Paz (1959) determina que el mexicano se encuentra en la soledad perpetua de su apego, donde al ser un personaje incomprensible, se aguarda en la tristeza y melancolía ante la representación de su familia, amigos, nacionalidad y patriotismo, es por ello, que el mexicano se mantiene constante en el laberinto de su soledad. Sin embargo, la visión que tiene Octavio Paz e incluso también Samuel Ramos (1977) está fuera de lugar, ya no son representaciones fehacientes de la cultura de este país; al mexicano es imposible ubicarlo en el acto puro de la depresión y en la añoranza de sus raíces, ni mucho menos se puede hallar en la fiesta patronal o el privilegio que exhale de su religión.

El compatriota de esta nación ha dejado de lado las bases de la modernidad y se ha concentrado en la nueva posmodernidad, una enseñanza que lentamente degrada toda contextualización patriótica y lo transforma en un ser superficial. En la modernidad se vio la separación de clases

sociales, la marginación racial, los problemas políticos y la ignorancia como elementos base de este periodo en México, por ende, se debería fomentar una salvación de estos conflictos, mediante una educación más intelectual que no deje de lado las raíces y el significado de nuestra identidad nacional.

Para poder encontrar a un mexicano diferente necesitamos una enseñanza más reflexiva, no basada en la disciplina, sino en la creatividad para crear nuevos mitos que integren una imagen más confiable a todo lo que representa ser un mexicano.

Esta sería la principal medida que debemos de recalcar para fomentar la transformación de nuestra identidad sensible, pero no es suficiente esta alternancia, debido a que el mexicano ha ingresado a una nueva cultura llamada el consumo, el cual ha cimentado una degradación más profunda en nuestro país.

En la posmodernidad no existen identidades nacionales, solo convergen ciudadanos del mundo.

Por ello, sería importante que el mexicano recuerde sus orígenes en este periodo, porque hemos perdido la cualidad de distinguirnos el uno con el otro. No es extraño ver a países como Inglaterra, Alemania, USA o Canadá festejando las festividades mexicanas, cuyo valor se empieza a degradar y se convierte en una mancha del consumismo. Se debe de recontar los principios de nuestra cultura

nuevamente ya que ahora se encuentran en las enseñanzas del mundo globalizado, tal propósito las ha elevado a mancharse de los ecos centrales de la felicidad paradójica.

El autor Santiago Ramírez (1977) explica al mexicano desde el temor y el afrontamiento con la adversidad, en cierta manera, es lo que actualmente moldea su identidad y reconocimiento: un ser que acepta su inferioridad ante las grandes industrias que lo invaden. Para mejorar estos huecos dentro de nuestra cultura es necesario poseer una identidad reflexiva que analice los puntos buenos y malos de comercializar con la cultura que nos ha dotado de ser auténticos y únicos, sin olvidar una reintegración nuevamente a las metáforas que nos orientan a ser mexicanos.

El mexicano es un protagonista de duelo, porque siente un gran rencor por lo acontecido en el pasado, pero también una gran admiración por su presente, aunque le teme bastante a su futuro manchado de la discordia del extranjero. Somos los héroes de esta historia mal contada que nos lleva a la inmediata pérdida de nuestros sentidos. Debemos de hacer algo que cambie, pero el estado de confort siempre invade al mexicano, por lo tanto, es algo imposible tomar tal acción. Una pena, sin embargo la fiesta debe continuar; solo queda decir:

¡Viva México, Cabrones!



Referencias

- Aristóteles. (2022). *Metafísica*. Editorial Porrúa, S.A. de C.V. .
- Béjar, R. N. (2007). *El mexicano: Aspectos culturales y psicosociales*. Universidad Nacional Autónoma de México.
- Bergson, H. (2018). *Introducción a la Metafísica & La risa*. Editorial Porrúa, S.A. de C.V.
- Bourdieu, P. (2009). *El sentido práctico*. Editores siglo XXI, S.A. de C.V. .
- Bourdieu, P., Passeron, J. (2019). *La reproducción: Elementos para una teoría del sistema de enseñanza*. Editorial Fontamara, S.A. de C.V.
- De Hipona, A. (2021). *La ciudad de Dios*. Editorial Porrúa, S.A. de C.V. .
- Fromm, E. (2012). *El arte de amar*. Ediciones Culturales Paídos, S.A. de C.V.
- Gomezjara, F. (1973). *Sociología del cine*. Editorial Sepsetentas.
- Han, B.-C. (2021). *No cosas: Quiebras del mundo de hoy*. Penguin Random House Grupo Editorial España.
- Norman, D. (1988). *La psicología de los objetos*. Madrid: Nerea.
- Huerta, E. (1956). *Estrella en alto y nuevos poemas*. Editorial Colección Metáfora.
- Locke, J. (2018). *Ensayo sobre el gobierno civil*. Editorial Porrúa, S.A. de C.V.
- Lipovestsky, G. (2002). *La era del vacío: Ensayos sobre el individualismo contemporáneo*. Anagrama.
- Monsiváis, C. (2021). *Apocalipstick*. Fondo de Cultura Económica.
- Paz, O. (1959). *El laberinto de la soledad*. Fondo de cultura económica.
- Paz, O. (1972). *El arco y la lira*. Fondo de Cultura Económica.
- Ramírez, S. (1977). *El mexicano psicología de sus motivaciones*. Editorial Grijalbo, S.A. de C.V.
- Ramírez, J. (2013). *Tragicomedia mexicana 1: La vida en México de 1940 a 1970*. Penguin Random House Grupo Editorial México.
- Ramos, S. (1977). *El perfil del hombre y la cultura en México*. Espasa Calpe mexicana, S.A. México.
- Toynbee, A. (1988). *Los griegos: herencias y raíces*. Fondo de Cultura Económica.